

Mi hermana

Antonella

Habían perdido a mi hermana. ¿Qué tenían en la cabeza? ¿Los habían dejado caer cuando eran pequeños o qué? Y todos aquí, sentados, pensando en qué vamos a comer hoy, descansando porque “la caminata había sido muy larga”, porque los “niños necesitan dormir”, porque... ¡¿Qué me importa?! Dejaron ir a mi hermana, no había nada que justificara sus actos, menos su tranquilidad, menos esa calma insensata. ¿Tan poco vale su vida? ¿Tan poco vale mi preocupación? La peor parte era la tranquilidad con la que me habían contado los hechos.

—Aparecieron dos jóvenes muy extraños. Nos escondimos. Teníamos mucho miedo. Le pegaron a Javier y **se llevaron a Luciana** —explicó Mateo.

Cómo podía tomar en serio a este niño, es cierto que solo tenía un año menos que yo, pero era un niño. No le creo que hayan tenido tanto miedo para no ayudar, no le creo nada de lo que me dijo.

Desde que llegamos a este extraño mundo todo fue muy confuso y aterrador. Viridis era un lugar extraño, sacado de un macabro cuento de hadas. Atravesamos en un tren de nuestro mundo a este. Yo no estaba segura de querer venir, a diferencia de los demás, yo no tuve meses para prepararme para este viaje, y todo fue tan rápido que decidí sin darle más vueltas. Ahora no estoy segura si fue la decisión correcta. El hombre del tren dijo que yo no debía estar aquí, se veía asustado cuando notó mi presencia, no sabía qué hacer conmigo, así que simplemente me echó abajo.

Luego de ser dejada atrás y caminar tres días por la línea del tren, me encontré con un grupo sentado junto a una fogata, sin ninguna preocupación, como si el rostro morado de Javier no importara y como si mi hermana Luciana no faltara. Me volví loca, loquísima, y les grité. Tuve ganas de abofetear a Mateo cuando me contó la historia. Si mi hermano hubiese estado aquí, les hubiese dado una paliza. Él era tan fuerte, tan poderoso, nos defendía siempre, como un superhéroe siempre listo para combatir el mal; no me imaginaba viviendo sin él,

pero aquí estaba, en este estúpido mundo Viridis, sin él, sin mi hermanita y sin saber qué hacer.

Cuando me calmé un poco, Gabriel, otro de los chicos que venía en el tren y ahora estaba dentro del grupo de perdidos en el mundo, me explicó la situación. El tren que nos había traído se había detenido algunas horas después que yo bajara, y el hombre que venía con nosotros les había explicado la situación. Eran los *Elegidos* y, como Elegidos, debían encontrar su misión en este mundo. No iba a ser tan difícil como se escuchaba, solo no debían perder el objetivo, ni olvidar el camino por el que habían llegado. Agregó que en este punto bajaría un grupo de cuatro personas. Todos dieron un paso atrás y varios de los pequeños se aferraron a Gabriel buscando protección. Por algún motivo, el muchacho tenía un imán que atraía a los niños y un carisma que hacía que todos lo adoraran. Supongo que las leyes de personalidad no cambiaban aquí, aunque estuviéramos en un mundo diferente.

Aun así, el grupo que debía bajarse en ese punto ya había sido decidido: la chica bonita Isidora (21 años), el galán César (19 años), el confiable Gabriel (18 años) y el rudo Roberto (18 años). El grupo no estaba mal, pero había un problema muy grande al que Isidora y Gabriel se opusieron. Los más pequeños quedarían solos.

—¿Y simplemente lo aceptaron? —grité exaltada, interrumpiendo la historia.

—No pudimos hacer nada. Aparecieron cuatro guardias enormes, nos tomaron a la fuerza y nos lanzaron fuera del tren —se defendió Isidora. La miré con atención, realmente era bonita, tenía el cabello castaño, los ojos claros, los labios bastante finos, no poseía una característica sobresaliente que llamara la atención, pero en el conjunto era perfecta, proporcionada, tenía una mirada fría y una sonrisa coqueta.

—Igual no fueron tan rudos para tirarnos del tren como lo fueron contigo. Al menos el tren estaba detenido —aclaró Roberto. No entendí si su comentario era sarcástico o era un comentario real, sin maldad, pero esa mirada indiferente que tenía siempre, acompañado de su baja estatura y su ropa negra, como si buscara verse rudo y tenebroso, todo eso no me daba confianza.

—¿Y entonces? —pregunté ignorando todos los comentarios, porque solo quería saber en qué momento se habían llevado a mi hermana

Luego de reponerse de la caída, vieron cómo las puertas del tren se cerraron y se puso nuevamente en marcha. La preocupación por los pequeños más el miedo de quedar ahí tirados los hizo correr por instinto para intentar subirse nuevamente o sujetarse de algo. Pero los guardias, desde las ventanas de los vagones, los golpearon con palos para que no logaran sostenerse. Gabriel tenía un dedo fracturado, entablillado con pedazos de ramas de árbol, y César, con su cara de príncipe, se quejaba de un gran hematoma en el brazo.

—Llegamos a la conclusión de que, así como te habían echado abajo a ti y como a nosotros, a los niños también los bajarían del tren más adelante. Así que seguimos la línea del tren...

“Igual que yo”, pensé.

—... y resultó verdad. Después de un día y medio de caminata los encontramos —terminó la explicación Isidora. “Igual que yo”, pensé nuevamente.

—Pero cuando los encontramos Luciana ya no estaba con ellos —concluyó Gabriel, matando todas mis esperanzas y borrando inmediatamente mi sonrisa.

Entonces se acercaron Mateo y Javier al grupo, tenían el resto de la historia. Explicaron que ellos intentaron evitar que los guardias les pegaran, pero no hubo forma, eran más grandes y fuertes. Matilde, la más pequeñita del grupo, con su cabello crespo y sus verdes ojitos llorosos, confesó que había llorado el resto del trayecto. De la misma forma, unas horas más adelante el gordo hombre del tren anunció que el segundo y último grupo debía bajarse: la chica nerd Catalina (16 años), el chico con cara de bebé Mateo (14 años), el tímido Javier (13 años), la valiente Luciana (13 años) y la pequeña Matilde (11 años).

El tren se detuvo, y los niños bajaron. Luciana insistió en seguir al tren, Javier y Matilde lloraban, y Catalina argumentó que debían ir en dirección opuesta, que así encontrarían al resto del grupo. Todos en ese grupo tenían mucho miedo. Mateo entonces decidió que, cuando los niños se perdían, debían quedarse donde estaban y que los padres los encontrarían.

—Pero nuestros papás no están aquí —interrumpió Matilde, y todos se callaron.

Qué solos estábamos, qué miedo teníamos. Nadie había explicado mucho y hasta ahora solo habíamos sobrevivido comiendo los frutos que crecían en el bosque junto a la línea del tren. Los más pequeños no estaban preparados para enfrentar todas estas adversidades, y los mayores no sabían qué hacer con la responsabilidad de sobrevivir y cuidar a todos. Volví a pensar en mi hermano: él sabría exactamente qué hacer, él acampaba de pequeño con papá y seguro que se las ingeniaría para sacarnos de esos aprietos. Pero él no estaba aquí.

—Pero nosotros los encontramos y ahora nadie está solo —rompió el silencio Gabriel.

Todos sonrieron. Ahora el ambiente cambiaba, todo parecía estar en su lugar otra vez. En la sonrisa de todos vi cómo nadie se sentía solo. Sin embargo, mi hermana continuaba en algún lugar, quién sabe con quién y en qué circunstancias.

Entonces Nick me tocó el hombro. Me sorprendió, casi me asusta. Estaba tan concentrada en saber qué había ocurrido con mi hermana que por un instante olvidé que él estaba ahí, justo a mi lado, todo el tiempo, sentado tan cerca que podía sentir su aroma. Nick era el extraño muchacho que me había encontrado luego de quedarme sola junto a la línea del tren. Él me dio una manzana para que dejara de llorar y él me había acompañado todo el camino hasta encontrar al grupo. Volteé a mirarlo y, entre su desordenada melena castaña, vi una mirada preocupada. Él se había dado cuenta de que era la única que no sonreía y que la preocupación me estaba carcomiendo, y decidió ayudarme, nuevamente.

—Dijiste que habían aparecido dos jóvenes, ¿cierto? —le preguntó a Mateo, interrumpiendo ese momento agradable que todos sentían.

Mateo explicó que, luego de decidir quedarse ahí, salieron a buscar algo para comer. Al comenzar la noche formaron grupos para encontrar un refugio y conseguir hojas grandes con las que taparse. Estaban en eso cuando escucharon ruido. Asustados y separados, Mateo, Alex y Matilde se escondieron. Y de entre los árboles aparecieron dos jóvenes, gritando y haciendo escándalo. Parecían borrachos. Hablaban con palabras muy extrañas y lucían... malos, como

pandilleros buscando problemas. Fue ahí que se encontraron de frente con Luciana y Javier. Ellos no los habían escuchado llegar, porque estaban más lejos. Los niños, escondidos, los vieron intentando correr, pero los pandilleros los alcanzaron. Trataron de defenderse, pero no sirvió de nada. El más alto golpeó dos veces a Javier en la cara y lo dejó tendido en el suelo, desmayado. El otro chico tomó a Luciana y, en vez de pegarle, dijo que “podría ser un buen ejemplar para el grupo”. Ambos decidieron que a su jefa le encantaría esa chica y se la llevaron. Luciana gritó, tiró golpes y patadas.

—Hasta mordió a uno de los chicos —agregó Matilde.

Pero de nada sirvió: se la llevaron y el resto no pudo hacer nada. Curaron las heridas de Javier y, cuando los más grandes los alcanzaron, Gabriel y César salieron en busca de mi hermana, pero no sabían ni dónde buscar, ni hacia dónde dirigirse. Estaban desorientados y temieron que Luciana estuviera perdida para siempre.

Lloraba mientras escuchaba la historia. No de tristeza, sino de rabia. ¿Qué haría mi hermanita? ¿Qué iban a hacerle esos tipos? ¿Para qué la querría esa *jefa*? Todas las ideas aterradoras pasaron por mi cabeza. Pero antes de que explotara en la desesperación, Nick comenzó a hacer preguntas extrañas.

—¿Esos chicos mencionaron el nombre de su jefa?

—No —respondió Javier.

—¿Y llevaban un listón negro con diseños verdes en el brazo?

—Sí.

—¿Alguno de ellos tenía el cabello largo, una pañoleta en el cuello o usaba botas?

—Uno llevaba una pañoleta. El otro no recuerdo.

—¿Por qué todas esas preguntas? —intervino Gabriel, demostrando las sospechas que todos teníamos sobre este extraño chico.

—Creo que ya sé dónde está tu hermana —dijo Nick entonces.

No esperó ningún comentario de vuelta y se levantó. Salió corriendo, entrando en la parte más densa del bosque, hasta que lo perdimos de vista. Nos quedamos todos en silencio. Eso había sido muy extraño, pero por un pequeño

instante me recordó a mi hermano, vi a un superhéroe corriendo al rescate de una chica en problemas, y me sentí protegida y bien. Sonreí sin querer.

—¿Dónde encontraste a ese? —preguntó Roberto con su voz ruda.

—¿Por qué?

—¿No te resulta sospechoso? Es raro que conozca tan bien a esos secuestradores —respondió Gabriel.

—Sabía incluso de los diseños verdes que llevaban en el brazo, y yo jamás dije nada de eso —argumentó Javier bastante asustado.

—Yo solo... —no estaba segura de cómo debía terminar la frase. Realmente no sabía quién era él, apenas y lo conocía—. Él me ayudó a encontrarlos.

Esa noche fue eterna. Hicimos turnos para dormir, por si alguien volvía a aparecer, pero no logré dormir nada. Estaba aterrada. Mi hermana era solo una niña, no sabía defenderse sola, necesitaba que alguien la cuidara. Ella debía estar asustada, debía estar llorando y rogando que alguien la rescatara. ¿Por qué no era más fuerte o más valiente para ir a buscarla? ¿Por qué no era más inteligente para saber dónde buscarla? Tenía mucho miedo, estaba tan sola, asustada, rogando que alguien viniera a ayudarme. Que alguien trajera a mi hermana y luego nos sacara de este extraño mundo. No quería estar ahí, solo éramos niños, no sabíamos qué sería de nuestra vida como adultos y nos *habían escogido*, y transformándonos en los Elegidos. Elegidos de qué, para qué, por qué.

No podía dormir, pero cuando amanecía, el cansancio me ganó. Mis ojos se cerraban de lo pesados que estaban cuando escuché, a lo lejos, la risa de mi hermana. Entonces me levanté de golpe mirando hacia todas direcciones. ¿Dónde estás, Luciana? Entonces la vi, corriendo y riendo junto a Nick. Corrí hacia ella y la abracé tan fuerte que me pidió que la soltara.

—Anto, no puedo respirar —dijo.

—Pensé que nunca más volvería a verte.

Todo el resto corrió a recibirla. Abrazos, lágrimas, risas. Fue perfecto. Por fin estábamos juntas, por fin el grupo estaba reunido. Nos sentamos junto a lo que quedaba de la fogata, y Luciana nos contó que le habían vendado los ojos y se las habían llevado a un lugar muy lejos. La tenían en una cueva oscura y fría. Había